

«La vida es como un espejo: si sonrío,
el espejo me devuelve la sonrisa».
Mahatma Gandhi

UNO

Pego la cabeza al cristal y observo cómo mi aliento empaña la ventanilla. El coche avanza lentamente, atravesando un barrio residencial de calles casi iguales, en el que cada una de las casas se parece a la anterior y a la que viene después...

«Aburrido», es la palabra que me viene a la mente.

Suspiro y echo una ojeada al interior del coche. Mamá conduce en silencio. Mi hermana Julia bosteza en silencio. Yo me mordisqueo las uñas en silencio. El silencio que envuelve el coche es tan intenso que casi puedo escucharlo, solidificándose a nuestro alrededor como una niebla tóxica.

Me sorprende que mi madre encuentre la energía necesaria para romperlo.

—Ya queda poco —dice, a nadie en particular—. Carla, ¿estás mareada? Tienes mala cara... —añade, mirándome por el espejo retrovisor.

—¿Cómo voy a estar mareada, mamá? Vas tan despacio que a veces creo que vamos hacia atrás —respondo, con una furia inesperada incluso para mí misma—. Haznos un favor a todos: pisa el pedal del acelerador, es el de la derecha.

Ella suspira, pero no dice nada y, por un momento, casi me arrepiento de haber sido tan brusca. Mi madre conduce como un caracol y, aunque eso suele ponerme de los nervios, lo cierto es que hoy no me molesta; tal vez porque no tengo ninguna prisa en llegar a donde nos dirigimos...

Aprieto la mandíbula mientras limpio el vaho de la ventanilla con la mano. Hace unos meses, mi madre me hubie-

se regañado por responderle en ese tono, pero esta vez se limita a permanecer callada. Sé la razón: se siente culpable por lo del divorcio. Si ella y papá no hubiesen decidido ir cada uno por su lado, nosotras tres no estaríamos ahora metidas en el viejo Xantia, de camino hacia una nueva casa.

¡Y si solo fuese una nueva casa...! Pero no, se trata de una nueva casa, un nuevo instituto, una nueva ciudad... El *pack* completo, vaya. Cierro los ojos con fuerza. ¿Cómo puede mi vida haber virado tan de repente en tan solo unos meses?

Un nuevo suspiro de mi madre, más profundo que el anterior, me saca de mis ensoñaciones, avivando la chispa de culpabilidad que siento. Mamá debe estar cansada, lleva conduciendo muchas horas...

«¿Tantas como yo llevo compadeciéndome de mí misma, tal vez...?».

No. De eso nada. Sacudo la cabeza, irritada. Me niego a sentir lástima por mi madre. Estoy enfadada con ella. Muy enfadada. Punto. Por mucho que digan que ha sido de mutuo acuerdo, me da la sensación de que ha sido ella la que ha tomado la decisión de abandonar a mi padre...

La voz de mi madre vuelve a romper el silencio.

—Bueno, ya hemos llegado. —Mientras habla, manipula con torpeza el mando a distancia del garaje—. Es un *chalet* precioso, ¿verdad?

—Precioso —dice Julia, y mamá sonríe agradecida.

—Es exacto a todos los de las últimas tres manzanas —digo yo—. Y además, demasiado grande para nosotras tres solas.

Mi última frase crea un silencio incómodo y me arrepiento de haberla soltado así, tan alegremente. Mi madre baja la vista y finge buscar algo en el bolso. Frunzo el ceño. Sin

darme cuenta he pronunciado dos de las palabras tabús: «Tres» y «solas» sustituyen ahora a «cuatro» y «con papá», y no son bienvenidas en ninguna conversación. Abro la boca para arreglar el desaguisado, pero mi madre me corta.

—Basta ya, Carla, cariño —dice, y acto seguido, añade, muy bajito—. Pero ¿dónde habré puesto las llaves?

Mamá tarda un poco en encontrar las llaves del *chalet*. Esto no es nuevo: el no encontrar nunca las llaves a la primera es una característica tan suya como el despiste lo es de Julia. Para solucionarlo, mi hermana y yo le regalamos un bolso en las últimas navidades. Pero no un bolso cualquiera, no. Un bolso perfectamente organizado, tal como nos explicó la sonriente dependienta de El Corte Inglés que nos atendió. ¿Resultado? Sigue tardando lo mismo en encontrar las llaves, si no más. Al parecer, aún no se ha hecho a los intrínfulis de su superorganizadísimo bolso, que tiene la friolera de «veintiún compartimentos distintos», tal como me explicó ella misma —con un tonito que me sonó bastante acusador, la verdad—, la última vez que le eché en cara lo mucho que seguía tardando en encontrar cualquier cosa...

Cinco minutos más tarde, mi madre consigue abrir la puerta. La luz del recibidor ilumina tres rostros cansados. El de mi madre y Julia, las dos tan parecidas, rubias, menudas, de ojos azules y mejillas sonrosadas. Y el mío. Más de una cabeza por encima de mi madre y mi hermana, suspiro con fuerza. En los últimos meses he dado un estirón tremendo, como si me hubiesen abonado. Tengo los ojos y el pelo castaños y la piel blanca; soy alta y delgada; desgarrada, me dicen a menudo. Me parezco a mi madre y a Julia como un huevo a una castaña.

Sí, no hay duda de que yo he salido a mi padre...

El pensar en mi padre me provoca una oleada de añoranza. Hace solo unos días que no lo veo, pero ya lo echo de menos. Mi padre suele infundirme una sensación de confianza que me hace creer que, mientras le tenga cerca, nada puede salir mal.

Pero ahora no está cerca y... sí, ¿por qué no reconocerlo? Tengo miedo de que las cosas salgan mal.

DOS

—Vamos, primero revisad vuestras habitaciones —nos anima mi madre, mientras arrastra su *trolley* hasta el recibidor—. Comprobad que todos los muebles están donde deben y que no falta nada. Si no es así, decídmelo —mira su reloj de pulsera—, que aún estamos a tiempo de llamar a los de la mudanza; son solo las siete.

Dejo la mochila en el salón y subo las escaleras de dos en dos. Me conozco la casa; es la tercera vez que estoy en ella. Solo que las dos primeras veces estaba vacía y ahora, si los de la mudanza han hecho bien su trabajo, debe tener todos y cada uno de los muebles de nuestro antiguo apartamento. También hay otra diferencia, más sutil y escalofriante: las dos primeras veces íbamos solo a verla, y ahora nos disponemos a quedarnos... ¿durante cuánto tiempo?, ¿tal vez para siempre? Me esfuerzo por apartar estos pensamientos de mi cabeza y sigo subiendo escaleras.

Jadeo un poco cuando abro la puerta de la buhardilla y palpo la pared en busca del interruptor. Sí, por increíble que parezca, he conseguido agenciarme la buhardilla como habitación. Es de lo más *cool*: amplia y luminosa y con un techo inclinado surcado por gruesas vigas de madera que le da un toque bohemio y vanguardista. «Parece la habitación de una modelo parisina», recuerdo haber fantaseado la primera vez que puse mis pies en ella, hace ahora casi un mes.

—Yo quiero que este sea mi cuarto, mamá —exigí aquel día, casi sin pensar.

—Pero Carla, ¿estás segura? —preguntó mi madre, dubi-

tativa—. Mira que vas a tener que subir y bajar los tres pisos cada vez que...

—No me importa —aseguré yo, casi sin dejarla acabar— tengo buenas piernas.

—Pero... —Mi madre se esforzó por buscar más argumentos para disuadirme, y la de la inmobiliaria, que había estado presente en esa última visita, acudió, presta, en su auxilio.

—Las buhardillas son muy frías en invierno y muy calurosas en verano —me explicó, sonriendo arrebatadamente, mientras arreglaba sus rizos cobrizos —, lo cual no resulta cómodo.

—No me importa, de verdad —me apresuré a decir—. Nunca he sido muy tiquismiquis con eso de la temperatura...

Y al final mamá había claudicado.

—Bueno, pues como quieras, cariño.

Tras la victoria, yo había experimentado sensaciones contradictorias. Por un lado, me alegraba de haberme salido con la mía, pero por otro, me molestaba que mi madre hubiese cedido tan rápido. Me fastidiaba porque no era normal, porque se debía, como todo en los últimos meses, al divorcio. Mi madre intentaba compensarnos, a mí y a Julia, de mil maneras distintas, sin darse cuenta de que no existía compensación posible por estar lejos de mi padre, de las amigas que tanto me había costado hacer en mi ciudad natal, de mi equipo de voleibol, que casi seguro ganaría la liga de la comunidad autónoma este año —¡sin mí!—, de mi viejo instituto... Suspiré. En realidad, yo no quería una buhardilla digna de un modelo y que mi madre no me regañase por nada. Quería mi antigua vida.

La luz. El interruptor oculto se ha dignado a aparecer... «Está justo detrás de la puerta», memorizo de forma mecánica. La luz artificial se derrama por la habitación, revelando lo que hace unos minutos, con la mortecina luz del atardecer, solo eran sombras. Doy unos pasos hacia delante, y hago inventario mental. Mi cama, mi librería, la mesa del ordenador, mi flexo, la silla roja, el baúl, el puf árabe que me regaló mi amiga Lorena para mi cumpleaños...

«Pues sí, parece que está todo», pienso para mis adentros. Solo entonces lo veo.

«¡Oh!», se me escapa en voz alta. No solo está todo, sino que hay cosas de más, pienso, al observar el enorme espejo de cuerpo entero que se yergue orgulloso en el centro de la habitación. Está justo debajo del tragaluz del techo, y los últimos rayos de sol del día hacen resplandecer las motas de polvo suspendidas en el aire frente a él, creando un efecto... impreciso, casi irreal, como si fuese una aparición en vez de un objeto tangible.

Me acerco con cautela. Se trata de un espejo muy grande, de madera caoba, que se sostiene gracias a un armazón rectangular que se abre en su parte trasera. Es como un inmenso marco de fotos. Y lo de inmenso no es ninguna exageración. Calculo que mide uno ochenta de alto y, a pesar de la impresión que me ha causado, al verlo ahí iluminado por los últimos rayos de sol, en seguida me doy cuenta de que, en realidad, es un espejo sobrio, severo, sin adornos. La madera es lisa y... Me acerco un paso más. Bueno, no tan lisa: tres líneas sinuosas, cinceladas en profundidad, recorren todo el marco de arriba abajo. Siguiendo un impulso, alargó la mano para tocar con la punta de los dedos el relieve de esas tres estrías. El espejo parece muy antiguo y...

«Me da la bienvenida».

Un cosquilleo recorre mis dedos, avanza hacia mi columna vertebral, y me provoca un escalofrío. Retiro la mano muy rápido, como si el espejo quemase y doy un paso atrás con la respiración contenida. Noto los latidos de mi corazón en las sienes. No, eso es una ridiculez. El espejo no me ha saludado.

«Los muebles no hacen esas cosas».

Hago acopio de aire.

—Solo es un espejo —murmuro en voz alta. Vuelvo a respirar profundamente antes de repetir—. Un espejo nada más.

No sé cómo, detecto la presencia de mi madre a mis espaldas. Me giro y la veo apoyada en el quicio de la puerta, observándome. Sus ojos azules tienen una extraña expresión inquisitiva.

—¿Y ese espejo? —pregunta, ladeando la cabeza—. No es nuestro.

—Debe de ser de los anteriores propietarios —aventuro con el corazón aun martilleándome en el pecho.

Mi madre frunce el ceño contrariada.

—Mira que les dije bien claro que se lo llevarsen todo, que no dejasen ningún trasto... —suspira cogiendo su móvil—. Voy a llamar a la inmobiliaria para...

—No, mamá, déjalo —casi grito, sorprendiéndome a mí misma—. Me lo quedo.

Mi madre interrumpe la marcación en el teclado del teléfono y levanta la vista, tan asombrada o más que yo.

—¿Cómo dices?

No sé cómo explicarlo. El espejo no es mío, es un mamotreto anticuado y no pinta nada en mi cuarto, lo sé. Pero

contra cualquier lógica, siento que mi habitación es el lugar exacto donde se supone que debe estar. Es un pensamiento claro, pero el razonamiento resulta totalmente absurdo y..., sin embargo, cualquier intento de enfrentarme a él resulta disonante y chirría en mi cabeza.

—Digo que me gusta, que me lo quedo —insisto e intento aparentar normalidad.

Si le hubiese dicho que una horda de extraterrestres acababa de tomar la ciudad, no se hubiera sorprendido más.

—Te gusta —repite suspicaz.

Asiento con energía. La verdad es que es lógico que mi madre se sorprenda, porque yo soy la persona menos coqueta que puedas echarle a la cara. Siempre voy vestida con ropa deportiva, no me pinto, no me arreglo, y... sí, en definitiva, no debo de dar la sensación de ser la persona más pro-espejos del mundo. Mi hermana Julia, sin embargo, es todo lo contrario. Es presumida hasta decir basta; si pudiese, llevaría tacones para ir al instituto.

—De acuerdo —accede mi madre, mientras guarda su móvil. Parece aliviada de no tener que llamar a nadie—. Pues ve poniéndote cómoda, yo voy a ver qué tal va tu hermana.

TRES

El fin de semana pasa volando, deshaciendo maletas, colocando ropa, moviendo muebles y, en definitiva, haciendo de la nueva casa un lugar habitable. «No un hogar», puntualizo para mis adentros, mientras meto mis últimas camisetitas en un cajón del armario y cierro de golpe; «tan solo un lugar habitable», remarco con fiereza, mientras una parte de mí se pregunta si podrá llamar algún día «hogar» a un sitio en el que nunca vaya a estar mi padre...

Me paso todo el sábado y la mañana del domingo intentando que la parte de mí que se pregunta esas cosas no piense, y ayudando a mamá a limpiar y a organizar la casa. Este zafarrancho de actividad me viene bien, porque mantiene mi mente ocupada y alejada de las otras dos preocupaciones fundamentales que martirizan mi cerebro: la primera, el misterioso espejo; y la segunda, el temido «primer día» en el nuevo instituto.

Con respecto a la primera, no sé ni qué pensar. ¿Por qué he decidido quedarme el espejo? No hay ninguna razón lógica. Lo miro de refilón, mientras me siento lentamente en la cama. Enorme y antiguo, con su aire colonial, desentona entre los muebles modernos de mi cuarto como un pez en medio del asfalto. Me muerdo el labio inferior, pensativa. Me lo he quedado siguiendo un impulso. Un impulso sorprendente y de origen desconocido.

Durante todo el fin de semana, ha habido un par de ocasiones en las que he creído ver algo por el rabillo del ojo, un ligero movimiento en la lisa superficie del espejo, una espe-

cie de... ¿ondulación? Pero cuando he fijado la vista en él, nada. Calma chicha. Si no fuese porque es del todo imposible, creería que el propio espejo me ha... manipulado de alguna manera para que me lo quede, y que esa maniobra, o tejemaneje o como quieras llamarlo, ha sucedido cuando lo he tocado. Y ahora, una vez conseguido su extraño objetivo —quedarse en mi cuarto—, el espejo se ha sumido en una especie de letargo...

Yo misma me doy cuenta de que estas reflexiones son totalmente ilógicas, más propias de una mente perturbada que de una estudiante de tercero de la ESO normal, sana y, al menos en teoría, en su sano juicio, pero el saber eso no me ayuda lo más mínimo.

¿Hay algo raro en ese espejo, o son imaginaciones mías? ¿Es posible que el estrés del cambio de casa y los nervios por el nuevo instituto me estén jugando una mala pasada, haciéndome ver cosas que no existen?

¿Y si se lo cuento a mi madre?

Frunzo el ceño. No, pensaría que estoy loca de atar, y no quiero que la próxima actividad extraescolar a la que me apunte sea en el manicomio más cercano...

¿Y si se lo cuento a Julia?

No, contárselo a doña *Fashion Victim* tampoco parece la mejor opción.

Desde la cama, observo con resignación a mi hermana pequeña, que en este momento, se contonea de forma exagerada frente a la causa de mis desvelos... Suspiro. Sí. Increíble, pero cierto: Julia lleva ya un par de horas probándose modelitos frente a mi espejo, intentando que yo —¡yo, la persona menos interesada en ropa del mundo mundial!—, le ayude a decidir que ponerse para...

La idea llega a mi cerebro como un relámpago, haciéndome ladear la cabeza, como un perro que olfatea un rastro. Julia lleva un buen rato ante mi espejo y no parece haber notado nada raro. Este dato tiene más importancia de la que parece porque, a diferencia de mí, Julia es una experta en espejos. Tiene dos en su propio cuarto y, aún así, todas las mañanas se las apaña para acaparar el del baño durante al menos... ¿cuarenta minutos? Vaya, si mirarse en el espejo fuera deporte olímpico, Julia sería... Michael Phelps, como poco.

La voz de mi hermana, subida de tono, me sobresalta.

—¡Eooo...! ¡Tierra llamando a Carla!

—Ehhh... ¿decías? —murmuro intentando que no se note que no he escuchado ni una palabra de su charla.

—Y luego la despistada soy yo... —refunfuña ella—. Decía —continúa, abordando sin piedad mi segundo tema de preocupación— que qué me pongo mañana para ir al instituto... ¿esto? —Señala los *leggings* verde manzana que lleva puestos—. ¿O esto? —Señala una faldita morada con unas flores naranjas en el dobladillo y en los bolsillos.

—Oye, Julia, ¿qué te parece mi nuevo espejo? —No viene muy a cuento, pero me da igual—. ¿Te gusta?

Julia lanza una mirada distraída al espejo.

—No está mal —dice encogiéndose de hombros—. Si sirve para que te arregles más, bienvenido sea...

Suspiro, decepcionada. Pues claro. ¿Qué esperaba?

—Bueno, ¿la falda morada o los *leggings* verdes? —insiste Julia, impaciente.

Que Julia tiene estilo con la ropa es evidente. Un estilo propio y retador. Viste a la última, sí, pero en su *look* nunca falta un toquecito transgresor que desafía los dictados de la moda. Lo que también es evidente es que tiene tanto estilo

como poco sentido práctico. A ver, ¿dónde vamos mañana, al instituto o a tomar café con Agatha Ruiz de la Prada?

Carraspeo.

—Julia, yo que tú me pondría algo más discreto...

Julia frunce el ceño. Mira con atención su falda morada, como preguntándose qué diablos hay de indiscreto en ella.

—¿Cómo más discreto? —pregunta finalmente, con aire suspicaz.

—Por ejemplo, unos vaqueros y un jersey.

—Unos vaqueros y un jersey... —Julia arruga la nariz, como si le hubiese sugerido que se revolcase en mierda para completar su atuendo.

—Al menos el primer día —insisto—, hasta que veas qué tipo de ropa se estila aquí...

—Pero Carla —se queja—, ¿no vivimos ahora en la capital? Esto es Madrid, ¿no se supone que aquí todo el mundo va como quiere?

—Julia, estamos en las *afueras* de Madrid —recalco la palabra *afueras*, a ver si así entra con más facilidad en la terca cabezota de mi hermana—. Por lo que hemos visto del barrio y demás, esto se parece más a un pueblo que a una gran ciudad.

Julia guarda silencio un momento, como reflexionando sobre lo que le acabo de decir, y luego suspira y se encoge de hombros.

—Y tú, ¿qué te vas a poner?

—Eso. —Y señalo hacia el puf árabe, donde he dejado la ropa preparada para el día siguiente.

Julia se dirige hacia el montón y lo examina con desaprobación. Vaqueros, deportivas, y una sudadera amplia con capucha azul marino.

—Carla... —Entorna los ojos—. Esas deportivas están asquerosas.

—¡No es cierto! —protesto—. Solo están un poco viejas.

—¿Quieres parecer una sin techo? ¿No? Pues ponte al menos las Converse nuevas que te regalaron para tu cumpleaños y, por favor, no te hagas una coleta.

—¿Por qué no me puedo hacer una coleta? —pregunto sorprendida—. ¡Muchos días llevo coleta!

Julia se permite un bufido ambiguo.

—Con esa ropa y una coleta, la gente va a pensar que vas al campo, a unirte a la recogida de la fresa, en vez de a clase... Además, tienes un pelo bonito. —Mi hermana coge unos mechones de mi pelo y los examina con aire experto—. Ondulado natural y sin rastro de encrespamiento. —No puedo evitar poner los ojos en blanco al oírla hablar como si fuese la protagonista de un anuncio de champú—. Chulo. Compensará un poco... —Julia hace una pausa, buscando sin duda la palabra adecuada— ... todo lo demás —concluye haciendo un amplio ademán con la mano que engloba mi propia persona y la ropa del puf.

Muy a mi pesar, me río un poco. No sé si sentirme molesta o divertida.

—No sé... —digo.

—Anda, hazme caso: solo el primer día, hasta que veas qué ropa se estila aquí... —me parafrasea ella, alzando la nariz y las cejas, claramente satisfecha por haberme robado la frase.

Vuelvo a reír bajito, y me encuentro de pronto pensando que hacía mucho, muchísimo tiempo, que no mantenía una conversación tan larga con mi hermana pequeña. No sé si es por la diferencia de edad (yo tengo quince años y

Julia trece), o por la diferencia de caracteres, pero lo cierto es que no pasamos mucho tiempo juntas.

Sonrío, mientras observo cómo Julia, ahora enfundada en su falda morada, camina hacia el espejo moviendo exageradamente las caderas, como si fuera una especie de Cara Delevingne en miniatura. Suspiro... Si no fuese tan bajita, no tendría ninguna duda de que mi hermana se encamina con paso firme hacia una prometedora carrera de modelo de pasarela pero, vista su estatura, o da un estirón, o su futuro profesional me da un poquito de miedo...